

La chica de la Escalera B

Soy una hija de los hijos de los otros catalanes y Paco Candel era mi vecino. Él vivía en la escalera C y yo en la escalera B, de un bloque de tres escaleras en la calle Foneria del barrio de la Zona Franca. Mis padres compraron un piso en uno de los edificios considerados entonces de zona “alta” dentro de ese barrio obrero donde no llegaba el metro. Después de haber vivido con sus padres y hermanos en chabolas y luego en pisos que décadas más tarde fueron diagnosticados con aluminosis, bajaron de las montañas del barrio del Polvorín con sus interminables escaleras y cuevas empinadas, a la zona de lo que es ahora la Marina del Port.

Mis padres llegaron a Barcelona con dos y cuatro años, procedentes de diferentes zonas de Andalucía. Mi madre no fue al colegio; aprendió a leer y a escribir de la mano de su paciente padre de diez hijos y un periódico. Nunca habló el catalán y su castellano todavía está plagado de faltas de ortografía. Mi padre sí fue al colegio, acabó la primaria y hablaba en catalán con sus clientes, pero no con sus hijos. Soy, así, una inmigrante de tercera generación, nieta de los que emigraron primero, hija de aquellos que fueron traídos a Catalunya cuando eran pequeños sin haberlo pedido. Porque parece que una vez que alguien emigra, las decisiones de esos ancestros las pagamos todas las generaciones venideras. Soy otra-catalana que habla, canta, disfruta, ama y escribe el catalán, el idioma con el que la educaron, pero que sigue pensando en castellano.

A Candel, lo observaba yo muchas tardes desde la portería del edificio donde vivíamos ambos. Para mí, era una figura enigmática, con tanta barba, tanta seriedad y tanta aureola de intelectualidad. Aunque siempre me saludaba como buen vecino,

solo dos veces me atreví a dirigirle la palabra. La primera fue en mi octavo de EGB, cuando decidimos editar una revista en el colegio y me ofrecí a entrevistar al único famoso que conocía. Muerta de miedo, lo aceché en el pasillo central del edificio y le pedí una entrevista. Al día siguiente, subí con una compañera de clase en el ascensor granate de la Escalera C por primera vez, y lo entrevistamos en el salón de su casa. Años más tarde, cuando yo ya estaba estudiando la licenciatura de periodismo, volví a subir en aquel ascensor granate que olía a tabaco y le entrevisté de nuevo. No recuerdo ni las preguntas ni las respuestas, solo la amabilidad y la generosidad de recibirme y de hablarme. Recuerdo también su salón lleno de libros. En el de mi casa solo había tres: la Biblia que les regalaron a mis padres al casarse, y dos libros sobre el más allá de mi madre. También teníamos la mitad de la Gran Enciclopèdia Catalana, hasta el tomo de la M que fue cuando a mi madre se le acabaron el dinero y el entusiasmo educativo. Mi habitación, en cambio, estaba atiborrada de libros de Enid Blyton y otros autores juveniles que mi madre me compraba una vez por semana en el estanco de la calle Mare de Déu del Port.

Salir del barrio

Desde la entrada a la portería, observaba a la familia del Candel. Recuerdo a su hija, que era mayor que yo, joven, con pantalones de pinzas muy bien planchados. El amable portero de nuestro edificio que también se llamaba Paco, nos contó un día que la hija del Candel trabajaba como profesora, y para mí eso sonó igual que si me hubiera dicho que era astronauta. Un trabajo impensable e inalcanzable en mis círculos sociales y familiares.

En los años 90, empecé a estudiar periodismo en la Universitat Autònoma. Para poder llegar tomaba un autobús, dos trenes y caminaba 30 minutos a pie. Cada día. Esa batalla de clase social diaria para llegar a la Facultat de Ciències de la Comunicació desde la Zona Franca, donde seguía sin llegar el metro. Salir del barrio para llegar a Bellaterra y encontrarme por primera vez con tanta gente que no solo hablaba, sino que también pensaban en catalán. Descubrí entonces los acentos de Girona y Lleida de mis compañeros originarios de pueblos de la Catalunya profunda, que debían de ser ricos porque en vez de hacer el viaje diario a la universidad en autobuses, trenes y pata como yo, se quedaban a vivir en residencias universitarias o en un piso compartido. Muchos de ellos todavía hoy trabajan en la televisión autonómica. Muchos de ellos nunca me hablaron. La diferencia de clase me abrumaba y delataba. Me enteré, por ejemplo, de que uno de mis compañeros de clase era el hijo del director de la agencia EFE. Me contaba una amiga de la EGB, de padre taxista, que cuando ella entró a estudiar medicina se sorprendió al ver cuántos hijos de médicos estudiaban medicina. Y mi otra amiga, hija de un electricista, también se sorprendía de que en su facultad de derecho hubiera tantos hijos e hijas de abogados. Los hijos de nadie luchábamos, en cambio, contra la profecía de no ser nadie. Tal y como ya me había advertido mi madre durante mi adolescencia: “Hija mía, tú, como yo, no serás nada en la vida”.

Yo era tan ignorante de mi clase social que no me di ni cuenta hasta que cumplí 40 años de que fui la primera mujer de mi familia en ir a la universidad. Un día me tocó enseñar una asignatura sobre “Clase y movilidad social” junto a una profesora de Glasgow en la universidad británica dónde actualmente soy profesora titular en políticas públicas. Ella con orgullo les confesaba a los estudiantes desde el estrado que era la primera mujer universitaria en su familia. Cuando me tocó a mí el turno,

me escuché a mí misma diciendo que yo también. Y solo entonces me di cuenta, al oírmelo decir en voz alta. Muy tarde. Cuando uno es transparente, lo es en todo momento. Mi madre no quería que fuera a la universidad. Ningún miembro de mi familia asistió a mis graduaciones de diplomatura, licenciatura, máster y doctorado. En mi tesis doctoral, escribí una dedicatoria donde mis padres destacaban por su ausencia, nombrando a mis amigos, marido e hijo, y dejando entre líneas a aquellos que no fueron nombrados.

Ni chicha ni limoná

Algunos de nosotros, los hijos de los hijos de los otros catalanes, no teníamos un pueblo al que volver cada verano. Al llegar tan pequeños a Catalunya, nuestros padres se habían distanciado tanto emocionalmente de su lugar de origen que volvían muy poco. Recuerdo que un agosto, después de horas interminables, de viaje, llegamos a Andalucía achicharrados de conducir desde Barcelona y me sentí otra vez, la otra. Allí me llamaban despectivamente “la catalana”. Incluso decían que tenía acento catalán, que debía ser como sonaba un acento no-andaluz para mis primos que nunca habían salido del sur de España.

Era un verano de Olimpiadas. Aburrida y sin poder conciliar una siesta de horno y sudor andaluz, escuché desde mi habitación prestada, a través de la televisión del salón, la voz de un jugador de la selección española de waterpolo que gritaba: “¡Nen, les pilotes rellisquen!”, y me puse a llorar. Lloraba por escuchar el catalán de mi no-tierra. Porque, desarraigada que es una, tampoco encajaba entre higos chumbos, vestidos de faralaes, ajoblanco y bulerías. Echaba de menos ser la otra-

otra, l'altra catalana. Ese fue otro momento crucial de toma de conciencia sobre mi no-identidad. No pertenecía a ningún lugar, ni a ningún país, ni a ninguna comunidad autónoma. Ser ni chicha, ni limoná. No ser.

En la universidad, me anonadé por un hijo de los no-otros catalanes. Decidía esta vez no enamorarme de un chico alto y musculoso de l'Hospitalet de Llobregat, con padres nacidos en Cuenca, sino de un indígena catalán bajito que estudiaba dos carreras al mismo tiempo. El epítome de la inteligencia, algo en lo que sabía que podía competir porque, aunque yo era una charnega de la Zona Franca, que apenas me atrevía a hablar el catalán que escribía perfectamente; yo también era muy inteligente y había ingresado en una de las carreras con nota más alta de corte. Así que elegí embaucarme con el que parecía, aunque no lo fuera, doblemente listo, a pesar de que físicamente era todo lo contrario a los chicos que solían gustarme.

Tiempo después, cuando yo ya no estudiaba periodismo, me confesó el indígena de pura cepa que la razón por la que nuestra relación nunca avanzó fue única y exclusivamente porque yo pertenecía a las otras-catalanas. Una charnega con acento y código postal de los arrabales donde la ciudad cambia su nombre. Acto seguido, con toda la cara dura que otorga la arrogancia y la alta autoestima de quienes viven en chalets en Sant Cugat, me pidió que le diera un beso. Se me acercó peligrosamente y lo vi. Por primera vez. El mito caído era de carne y hueso. Vi sus labios aceitosos, vi una especie de eczema rojo y deshidratado en la frente, vi caspa en el pelo. Me aparté educadamente y le dije que ni hablar. En un castellano perfecto.

Ser del barrio

Aunque me pasaba los fines de semana en el Polvorín, en casa de mis abuelos, no sentía pertenecer ni a allí ni a la Zona Franca. Siempre me llevaron a colegios concertados. Nunca fui a ninguno de los colegios públicos de la zona ni al Instituto de Can Tunis donde estudiaban la mayoría de adolescentes del barrio. Hasta que para hacer las prácticas de la carrera de periodismo me presenté en la emisora de la recién inaugurada Radio Zona Franca que por entonces estaba en el Polvorín. Y desde allí, con más de 18 años, aprendí solita a integrarme por primera vez en la vida asociativa del barrio. Terminé formando parte de un grupo de teatro del Centro Cultural del Port donde conocí a otras charnegas como yo, aunque más mezcladitas e integradas, como las hermanas Pepi, Dolors i Mercè. De padre catalán y madre “otra-catalana”, quienes nombraron a sus hijas con una mezcla tan preciosa que cuando la madre bordó las primeras ropitas de su bebé, las escribió como siempre las había escuchado pronunciar al marido: *“Dulós”*. Con el Javi, de padres de León; el Manolo, de padres gallegos; la Olga de padre soriano, actuamos en el Centro la Báscula, y recorrimos otros barrios de Barcelona, Catalunya y la Comunitat Valenciana escribiendo y representando obras de teatro que en aquella época nos parecían muy feministas pero que debían serlo poquito.

Salir del país

Un día me fui de Barcelona rumbo a Inglaterra, influenciada sin duda por esos libros que devoraba de niñas inglesas de clase alta felices viviendo en internados

carísimos donde montaban a caballo y engullían banquetes nocturnos. Y volví a ser la primera mujer de mi familia que se fue al extranjero a aprender inglés y allí volví años más tarde para quedarme. Durante muchos años en Inglaterra era más fácil ser la otra-catalana. Para los ingleses soy española, no importa de qué parte. Descubrí que cuando les decía que era de Barcelona se reían porque en la versión original de la famosa serie de la BBC *Fawlty Towers*, el camarero torpe con acento mexicano, se llama Manuel y no es de México sino de Barcelona. Es más, su torpeza se vincula a su lugar de origen “*I know nothing, I am from Barcelona*” repetía él. A ese Manuel de Barcelona que vive en el imaginario de los británicos de mi generación, no le juzgaban por su acento al hablar catalán sino por su acento al hablar inglés.

A pesar de eso, estuve en Inglaterra más de una década sin sentirme casi inmigrante hasta que llegó el referéndum del Brexit en el 2016. Desde mi llegada, ya había notado una obsesión por el color de piel y el origen étnico que marcaba cual hierro ardiente la diferencia con los nativos. En las solicitudes laborales preguntan siempre de forma anónima cuál es el origen étnico basado en el color de la piel. Las respuestas posibles son “Blanco inglés, galés, escocés, norirlandés o británico. Blanco Irlandés. Blanco Gitano o irlandés viajero. Blanco Romaní. Cualquier otro origen blanco, Grupos étnicos mixtos o múltiples: Blanco y caribeño negro, Blanco y africano negro, Blanco y asiático. Cualquier otro origen étnico mixto o múltiple.”

Yo siempre ponía la cruz al lado de “Cualquier otro origen blanco”, y cuando en la siguiente pregunta, me pedían cuál origen blanco, escribía “Español”. Hasta que al nacer mi hijo en Inglaterra me enredé en una discusión con la comadrona que quería registrarle como perteneciente al “Grupo étnico mixto”. Para mí yo

hormonado de oxitocina postparto, un hijo de dos blancos (padre blanco inglés y madre blanca española) es blanco. Blanco + Blanco= Blanco. Pero ella insistía que no, que mi bebé era mestizo. Y entonces me di cuenta, que mi pelo moreno, ojos marrones y mi tono de piel “aceituna” como ellos la llaman, me habían situado siempre en el imaginario británico en la categoría de no blancos, independientemente de la casilla que yo tachara en los cuestionarios.

De referéndum en referéndum

El ambiente del referéndum del Brexit perfumó toda la primavera del 2016 con un olor a miedo. Las semanas previas a la votación, a una amiga mía lituana más blanca que la nieve y con ojos verdes, una señora mayor que le recordaba a la reina de Inglaterra por su pelo gris, crespado y lacado, le gritó “Tú, europea del Este, ¡vete a tú país!”, al oírla preguntar con acento lituano dónde estaba la sección de bolsos. Y mi amiga, se fue, no a su país, sino de la tienda llorando a mares.

En esos meses previos de campaña, dejé de hablar a amigos ingleses que hasta ahora me habían parecido amables, que adoraban viajar y comer comida extranjera. Al rascar la superficie con largas conversaciones sobre la salida del Reino Unido de la Unión Europea, acababan diciéndome que querían expulsar del país a todos los europeos, excepto a mí. El día de antes de la votación, durante un evento universitario, un catedrático inglés de sociología retirado me preguntó si, en caso de ganar el “Sí” en el referéndum, yo me volvería a mi casa. “Mi casa está aquí”, le dije, dándome cuenta en aquel instante que él y el 52% del país que son como él, no piensan así. Que mi hogar no lo defino yo, ni los catorce años que ya llevaba

viviendo en el país. Al igual que la cruz en la pregunta sobre mi etnicidad en las encuestas, mi hogar también lo definen los demás. Ganó el “Sí” y lloré durante días. Y así se resquebrajó otra no-identidad. En Inglaterra, también siempre seré la otra, la invitada que se queda más tiempo del que es bienvenida. Otra vez, mi acento no es el adecuado, y ahora tampoco lo son mi pasaporte ni mi tono de piel aceitunado. Aunque muchas británicas nativas intenten imitarlo con bronceados de bote.

Solo un año más tarde del referéndum del Brexit, los ingleses descubrieron que yo además de española, era catalana, gracias a otro referéndum traumático: el de octubre del 2017 en Catalunya. Solo los inmigrantes sabemos cómo encoge el corazón vivir las tragedias de nuestras zonas de origen a distancia: las imágenes en la televisión y en redes sociales, las llamadas de familiares y amigos. Y yo, meses más tarde, con un síndrome de estrés postraumático no superado que me había hecho cogerles tirria a todos los referéndums, me sentaba en la Zona Franca en comidas familiares, donde me negaba a que me encasillaran a pertenecer al equipo del “Sí” o al del “No”. Ellos insistían a gritos que me posicionara, y yo luchaba verbalmente por ser Suiza. Porque había aprendido del otro referéndum malvivido, que nunca más dejas de ver a las personas a través de esa lente binaria “sí-no”, “malo-bueno”, “brexiter-no brexiter”, “independentista-españolista”. Y cuando una es inmigrante, no puede arriesgarse a que ningún miembro de su familia de origen le deje de hablar por motivos políticos. Esas paellas grupales anuales son lo único que me permite sobrevivir a la soledad sin sol de los interminables inviernos ingleses.

El espejo

Muchas veces me he mirado en espejos para no verme. Me veía gorda cuando estaba delgada. Me veía fea cuando estaba preciosa. La imagen que vemos en el espejo está a menudo distorsionada por nuestro contexto externo. No entendemos el poder que tenemos al proyectar nuestra imagen en los espejos que ven los demás, con nuestra imagen reflejada. Nos ven valientes cuando nos sentimos cobardes. Nos ven grandes, cuando nos sentimos pequeños. Nos ven. Cuando nosotros solo pasamos y saludamos.

Mi prima Sandra, quien se crió en la calle Minería, en el día de su boda con la mujer de su vida, me escribe en una de esas tarjetas con el nombre que se colocan en el plato del banquete, sobre la servilleta: *“Vaya lucha feminista que te has marcado en esta familia. El espejo en el que nos hemos podido mirar las que veníamos detrás”*. Y soy consciente por primera vez, a mis cincuenta años, de cómo, sin pretenderlo, he influenciado el camino de las siguientes generaciones. A mí me lo marcó vivir en el mismo edificio del Candel, observar a su hija, sentarme en el salón de su casa, y ver otras maneras de ser y estar. Entonces no entendía por qué ese escritor tan famoso seguía viviendo en la Zona Franca y me saludaba cuando yo salía a pasear a mi perro. No entendía por qué no se iba a vivir a un barrio de escritores de la zona alta como Sant Gervasi. Ahora sé que quizás su presencia era también un acto educativo.